

tristes de los que esperaban — dolorosa espera — el momento de la despedida. Por las escaleras, personajes con los ojos arrasados en lágrimas. Los soldados, cariacontecidos. Un servidor amarra un cofrecillo. Unos caballos aguardan a los caballeros, piafando, quizás, también, instintivamente, anegados de tristeza que satura el ambiente. Algún ensotariado



El fuste de la cruz de término de Gandía, sin el símbolo de nuestra Redención que arrancaron violentamente unos desalmados. (Fot. Vila García).

sacerdote contrasta su indumento con las polícromas vestimentas seglares.

Goya, primero; el Hermano Martín Coronas, S. J., después, trasladan al lienzo esta escena. Aquél dejó su cuadro en la Catedral valentina. Entre el vigor de la goyesca pincelada aparece la ternura del abrazo de los personajes que se despiden: uno Francisco de Borja y de Aragón. El Hermano Coronas pintó, reconstruyéndolo, en el ambiente palatino del de Gandía, aquella escena.

Allá en su despacho, quizás padre e hijo comparten unas últimas horas de convivencia. El Duque Francisco de Borja dice a su hijo Don Carlos, Marqués de Lombay: «—Bien creo, Don Carlos, que por las cosas que habéis visto aparejar habéis podido entender mi determinación, que es hacer una larga jornada a Roma... Voy con propósito de no volver por acá tan presto...; qué viváis y gobernéis vuestros vasallos de tal manera que ninguno pueda con razón culparme por haberos dejado el Estado en esta vuestra edad y fiado tanto de vuestro buen entendimiento y obediencia... No os desvanecáis por poder más que otros; no os determinéis con brevedad ni precipitación en ninguna cosa de importancia. Tened siempre por más fiel y verdadero amigo al que os reprendiere...» Y así desgranaba pater-

nales y sabios consejos quien caminaba el camino del ascetismo por llegar al Cielo.

El Marqués, enternecido, le besa las manos al Duque, su padre, prometiéndole cumplir sus mandatos. De los otros hijos se fué despidiendo el Duque...

Deja tras sí la casa natalicia, su palacio, sus hijos, su vida al frente de su Estado... Aun llega al Colegio de la Compañía de Jesús a despedirse del P. Barma y a pedirle por «estos mozos que quedan aquí».

Y sale de la ciudad y llega al humilladero, a la Cruz de término que a unos metros de la ciudad se halla, y destocando su cabeza, alza sus ojos al cielo y exclama: «A la salida del pueblo de Israel de Egipto, al partir la casa de Jacob de en medio de aquel pueblo extraño, consagró Dios a su servicio la casa de Judá y estableció su imperio en Israel». Con entusiasmo continúa este salmo para acabar con las palabras: «Roto el lazo, quedamos libres».

Lleno de santa e íntima satisfacción emprende las jornadas a Roma. Fueron aquellas palabras su adiós a su ciudad natal. Jamás volvió a ella, aunque veintíun años después — según Rivadeneira — estuvo en Valencia, aunque «nunca se pudo acabar con él que fuese a Gandía».

La cruz testigo de este hecho ha sido derribada.



Estado en que los desalmados han dejado la histórica y veneranda Cruz. (Fot. Vila García).

El mudo testigo ha sido ultrajado. Quien se atrevió a tal es o un desalmado o un loco.

Un acto incalificable condujo a la balconada de la actualidad un hecho añoso de la vida de un valenciano ilustre, noble primero, santo después.

JOSE VILA GARCIA.

Febrero, 1936.